

En primer lugar, Henne describe la situación de la Italia del siglo VI, marcada por una gran inestabilidad. La península italiana se convierte en campo de batalla de hérulos, ostrogodos, bizantinos y lombardos. Las constantes campañas militares que se desarrollan sobre la tierra italiana traen como consecuencia dificultades para la atención pastoral, la despoblación de los campos y la huida de su población hacia Roma y otras ciudades, la escasez de alimentos y la extensión de epidemias. A continuación, realiza un rápido recorrido por el periodo de la vida de Gregorio Magno previo a su elección papal. Relata la etapa de su formación intelectual, su trabajo como prefecto de la ciudad de Roma, su retirada a un monasterio fundado por él mismo y su envío como apocrisario papal a la corte de Constantinopla.

A continuación, el autor se detiene de forma muy especial en los catorce años durante los que San Gregorio ejerció el ministerio papal (590-604), periodo al que dedica cuatro quintas partes de su obra. A partir de este punto, organiza los materiales con un criterio primordialmente temático, más que cronológico.

Aborda en primer lugar la abundante producción doctrinal, teológica y espiritual de San Gregorio, que abarca géneros muy variados, pensados para públicos muy diversos. En sus obras queda plasmada la

fundamentación de su ingente trabajo pastoral y de gobierno. Su abundante epistolario permite hacerse una clara idea de su labor de gobierno en tareas bien diversas.

Después, Henne dirige su atención a los distintos asuntos que hubo de atender e iniciativas que desplegó durante el ejercicio de su ministerio papal. Primero estudia su trabajo dentro de Roma y la península italiana: el Sínodo de Roma (595), la reforma de la administración del patrimonio de Pedro, las medidas para el abastecimiento de alimentos de la ciudad de Roma y la atención de los pobres, sus intentos de salir al paso de la crítica situación provocada por las campañas de los lombardos y la reorganización de la estructura pastoral de la península italiana, entre otros. Los dos últimos capítulos del libro se dedican a la intervención de San Gregorio fuera de Italia: Constantinopla, el Imperio Bizantino y los patriarcados orientales, Iliria, África, España, la Galia, la evangelización de Inglaterra y otros.

Con un estilo conciso, el autor presenta de un modo ágil y atractivo la figura de San Gregorio Magno, enmarcada en su contexto histórico, su clara conciencia de ocupar la sede de Pedro y de la responsabilidad que implica, y el ingente trabajo que, en circunstancias nada fáciles, desplegó para servir a su ministerio.

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ

Manuel MIRA, *Apostolado y filiación divina. La relación interpersonal en Máximo el Confesor*, Valencia: Edicep, 2011, 425 pp., 23,5 x 16,5, ISBN 978-84-9925-053-3.

El mundo de los estudios sobre Máximo el Confesor (580-662) goza últimamente de una gran vitalidad, especialmente desde su redescubrimiento por Von

Balthasar a mediados del siglo pasado. Supone una gran alegría comprobar cómo las obras de este gran pensador cristiano van siendo cada vez más conocidas y estudia-

das. Uno de los bienes que se promueven con estos estudios, ciertamente no poco importante, es el diálogo ecuménico, pues el Confesor despierta un gran interés entre las diversas confesiones cristianas. El difícil estilo de Máximo hace que la lectura de sus obras constituya un reto exigente, pero quien lo vence obtiene el acceso a un profundo pensamiento metafísico y a una rica enseñanza espiritual. En efecto, este monje bizantino, que defendió con heroísmo la doctrina de las dos voluntades de Cristo frente al monotelismo, ofrece la cúspide de la reflexión patrística griega.

El presente estudio del Prof. Mira, docente del área de Patrología de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz de Roma, muestra que el Confesor entendía la vida cristiana como el desarrollo de la filiación divina adoptiva recibida en el Bautismo, y que el apostolado, en sus múltiples facetas, es el resplandor natural de esa vida que ha acogido la luz de Dios. La presentación de estas ideas de Máximo permite al autor profundizar en el modo en que concebía la relación interpersonal, vislumbrando así conceptos que pueden enriquecer el debate actual sobre la noción de relación interpersonal, cuestión de gran calado en teología y punto central de la misma filosofía personalista, que echa sus raíces en la antigüedad cristiana, ya que fue en el contexto de las polémicas trinitarias y antropológicas donde se acuñó la noción de persona, en primer lugar para la descripción de los Tres que componen el Dios cristiano, y en segundo lugar para referirse también al hombre.

La noción de persona o hipóstasis manejada por Máximo está fuertemente determinada por las polémicas cristológicas del siglo VI. Él sigue a los teólogos neocal-

cedonianos que se esfuerzan por explicar que en cada hombre naturaleza y persona son dimensiones diversas pero que se mantienen unidas. El Confesor habla de la unidad de la naturaleza humana como fruto de la caridad, y de la correspondiente laceración de la misma como fruto del amor propio. El modelo divino del apostolado, que es manifestación de caridad, es la condescendencia del Verbo encarnado. La imitación de Cristo no es una posible orientación de la vida espiritual del cristiano entre muchas otras, sino que constituye el despliegue lógico de la filiación adoptiva, germen de vida divina, pues vivir como otro Cristo comporta entregarse como Él por la salvación de los demás. El estudio del pensamiento de Máximo se realiza en el presente volumen por medio de la presentación y comentario de los textos en los que el Confesor aborda los argumentos de filiación y quehacer apostólico. Estudiar directamente los pasajes maximianos permite al autor, entre otras cosas, superar una comprensión individualista de la concepción del Confesor acerca de la perfección cristiana, que se deja sentir en otros estudiosos.

Nos encontramos así con un espléndido y sugerente estudio, que bien se puede encuadrar en el ámbito de la teología espiritual, aunque con implicaciones en la teología sistemática, y que viene a complementar la diversidad de luces que en los últimos tiempos se proyectan sobre la producción del monje bizantino, teniendo como telón de fondo su cristología, verdadero almacén de la auténtica antropología cristiana tal como se desarrolló en los primeros siglos.

Juan Antonio GIL-TAMAYO